

PARERGON.

Qué bonita, bonita

mi bata del Indostán.
(no sé qué son
las cosas
si no les pongo piernas
o manos a las cosas).

No es posible –pienso viendo de donde nacen ahora mis piernas-
que la raza humana sea sólo escoria química
sobre un planeta de dimensiones discretas,
orbitando alrededor de una estrella nada notable,
en el borde de una galaxia que no se distingue
en absoluto

de los cientos de miles
de millones
de galaxias restantes...

Muevo la cabeza de derecha a izquierda: La matrioshka –digo.

No hay más que puertas
y lindes y cáscaras y vanos (tengo que ponerle una pierna al vano
para entender el vano). Y por más que quiera...

recorrerlo todo a la vez...

sólo transito.

Como transita la indecisión sobre la rodilla (sin saber nada de rodillas),
justo encima de sus tres huesos.

-La matrioshka –digo, celebrando ya el hueco último de la última
muñeca rusa.

Que no es ya muñeca sino lo otro, lo contrario de la muñeca.

Otra cosa que ya no es ni la muñeca ni la raza humana dentro su galaxia.

Sin duda.

Sino lo *otro* de la raza humana.

(Tengo que ponerle una mano a lo otro para entender lo otro; y no me importa, que conste, la mano en lo otro). No hay nada vacío ya dentro de la muñeca rusa. Celebro el asalto

del último *parergon*.

–La matrioshka no existe –triunfo sobre las puertas,
las lindes,
los vanos
y lo *otro*.

Agradecida de no existir ya. Me visto.

Tan prosaico el evento.

Mi bata del Indostán. De nuevo.

Qué bonita, bonita.

Una y otra vez hasta el infinito atándome la bata. Antes y después del después.

Le pongo piernas y manos a las puertas.

Para coserme el tiempo.

Deduzco que es redondo como una mancha expandiéndose tragándose
lindescáscarasvanospuertas.

Como el tronco de los árboles, redondo,

y como las rodillas en su orden óseo,

y las tetas. Tan prosaico, así de prosaico, el tiempo en el *parergon*...